

Que á detener el paso le obligaba.
Su noble aspecto cada cual admira,
Y mientras al gozo que su triunfo inspira
El pueblo con estrépito se entrega,
A las puertas del Cairo Astolfo llega.

No era entónces el Cairo
Lo que ha llegado á ser en nuestros dias.
Diez y ocho mil crujiás
De casas de tres pisos suficientes
No son para albergar á tantas gentes,
Que en el suelo y al raso muchas dellas
Duermen al resplandor de las estrellas.
En el palacio do el sultan habita
Magnificencia insólita, inaudita,
Reina por donde quier. So el mismo techo
Vense allí reunidos
Quince mil renegados sus vasallos,
Y entre ellos confundidos
Sus mujeres, sus hijos, sus caballos.

Desde el Cairo á Damietta marcha Astolfo
A ver por cuantas bocas
Se arroja el Nilo en el salobre golfo,
Y decir oye allí que en una torre
Vive un feroz ladron que la comarca,
Haciendo daño á cuantos ve, recorre.
« Vano es, » le dicen, « resistir; mas vano
« Es aun el tratar de darle muerte,
« Que de cien mil heridas,
« De los mas fuertes brazos recibidas,
« Siempre sanó por prodigiosa suerte. »

De quitarle la vida
Ansioso, Astolfo en busca va de Orrilo;
Llega á Damietta, y traspasando el Nilo,
La torre ve que sirve de guarida
A este aborto de mágica y de duende
Que á cuantos halla impunemente ofende.
Allí, con él Astolfo á dos guerreros
Mira empeñados en terrible lucha.



Combate de Grifon y Aquilante contra Orrilo. (T. I. p. 253.)

En vano espada ducha
Vibran contra él los fuertes caballeros.
Hijos los dos del célebre Oliveros,
En valor y en esfuerzo no le ceden;
Mas poco ó nada en esta lucha pueden.

De Orrilo al lado, vese en la ribera
Una disforme fiera,
Cuyo solo alimento son los cuerpos
De náufragos marinos
Y de desorientados peregrinos.

Muerto bien pronto extienden en la arena
Al vampiro inhumano,
Sin que por eso el fin de su faena
Viesen llegar el uno y otro hermauo.
En vano uno amenaza; el otro en vano
Ataca y hiere con furor á Orrilo;
Que sus miembros cogiendo este tranquilo,
Los pega y amalgama
Cual azogue que en gotas se derrama.

La monstruosa cabeza hasta los dientes
Ora hiende Grifon; ora Aquilante
Divide en dos el pecho del gigante.
Sus golpes impotentes
La risa de este excitan
Y de los héroes el furor. Si al suelo
Su cabeza derriban, en su busca
Orrilo va, y agora por el pelo,
Por la nariz agora, á asirla llega
Y extrañamente al cuello se la pega.
Tal vez Grifon la coge,
Y, si sucede que de sí la arroje
Largo trecho en el rio, en él se lanza
Orrilo, la recoge
Y á la lid vuelve intacto y sin tardanza.
Vestidas con primor y con decencia,
Una de blanco, otra de negro, estaban
Viendo la lid dos jóvenes hermosas,
Causa de aquella desigual pendencia.

Eran estas las magas bondadosas
Que, en sus mas tiernos años,
A Gismunda sus hijos sustrajeron
Y que á climas extraños
Los condujeron, por salvar sus dias
Del terrible furor de dos arpías.

Mas inútil contar es esta historia,
A todos hoy notoria;
Bien que es cosa que asombre
Que su autor, al hablar de estos guerreros,
Equivocara de su padre el nombre.

A instancias ambos de las dos doncellas
La lucha sostenian.
Del sol las luces bellas
Hácia el remoto Ocaso descendian,
Cuando, viendo las damas que á su asilo
El paso ya va dirigiendo Orrilo,
Ordenan á sus jóvenes contrarios
Deponer los aceros sanguinarios.

Por sus armas y enseña, y sobre todo
Por su presencia intrépida y gallarda,
El duque Astolfo en conocer no tarda
A Aquilante y Grifon. Del mismo modo
Ellos reconociéndole, van presto
A saludarle con afable gesto.

A un palacio vecino
De aquel paraje á reposarse luego
Las magas á los jóvenes convidan.
Con encendidas hachas al camino
Salen pajes y damas á enconrallos.
Danles ellas sus armas y caballos,
Y entrando en un verjel, suntuosa cena
Dispuesta advierten junto á fuente amena.

Con sólida cadena á grueso encino
Los héroes al feróz Caligorante
Atan, y diez satélites le ponen
Que soltarse le vedan, miéntras ellos
Al placer ó al descanso se abandonen.

De este banquete fueron
El deleite menor las ricas viandas
Que sin cesar las mesas oprimieron.
De las artes infandas
De Orrilo hablóse, y nadie concebía
Como, cortado un brazo ó la cabeza,
A su tronco lo unía
Y tornaba á la lid con mas fiereza.

Bien en su libro Astolfo vió que á Orrilo
La vida solo arrebatara podía
Un cabello cortando de que el hilo
De su infame existencia dependía;
Mas ¿cómo conocello,
Entre tanto cabello, ese cabello?
No esperaba por esto menor palma
El paladin, que un título de gloria
Ve en arrancar al vil gigante el alma;
Mas aspirar no quiere á esta victoria
Sin que ántes lo consientan
Los hijos de Oliveros, que, dispuestos
A combatir, en esto, se presentan.

Del bravo Astolfo aquestos
Acceden á las súplicas fervientes,
Bien que uno y otro opinen que impotentes
Sus esfuerzos serán, si no funestos.

En el cielo la aurora aparecía
Cuando, de férrea y gruesa maza armado,
Se presenta el malvado.

A sus golpes el duque resistía,
Y el momento aguardaba
De darle muerte. El puño con la maza
Astolfo le derriba, ó bien el brazo
Le corta, ó le atraviesa la coraza,
O pedazo á pedazo

Hace saltar sus miembros, que en el punto
Recoge Orrilo, y sano
Vuelve á mostrarse al paladin britano.

Lleno el duque de cólera y de asombro,

Una vez y cien veces arremete
Al gigante feroz, y encima al hombro
Con tan tremendo golpe al fin le alcanza,
Que al suelo, por aquí su capacete,
Y allá á lo léjos su cabeza lanza.

Mas que Orrilo lijero,
Del arzon salta entónces el guerrero,
Recoge la cabeza,
Vuelve á montar y corre con presteza
Hácia el borde del Nilo
Porque alcanzarle no consiga Orrilo.

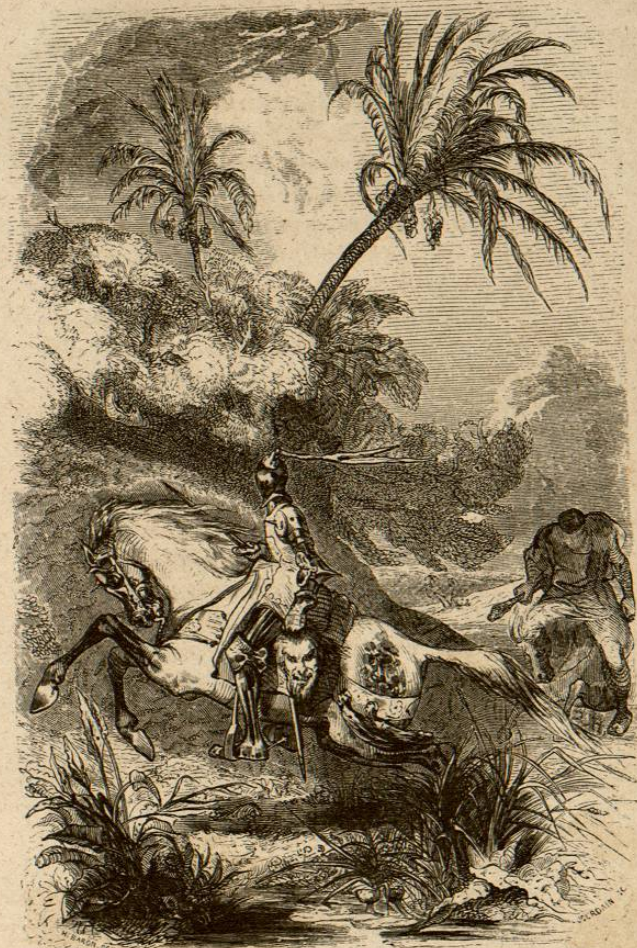
Miéntas aqueste su cabeza en vano
Busca, de Rabicano
Oye sonar los pasos por la selva.
Inquieto, entonce en su caballo salta
Y va á gritar al paladin que vuelva,
Cuando la lengua nota que le falta.

En medio de su mal, aun se consuela
Al ver que no le faltan los talones;
Mas por llegar en vano se desvela
Al que montado en Rabicano vuela.

Impaciente el inglés busca entretanto
Si, entre cabello tanto,
Hallar puede el fatal; pero importuno
Es su férvido afan, no ve ninguno
Que de otro en lo mas mínimo difiera:
« Cortarlos todos, dice, es lo que importa. »
Y, á falta de navaja y de tijera,
Por la nariz cogiendo la cabeza
Todo el cabello con su espada corta.

Cortado entonce el que inmortal le hacia,
Muda Orrilo el color, la vista impía
Tuece; muestra por signos manifiestos
Que sus instantes últimos son estos,
Y, de la muerte por la helada mano
Tocado, viene del arzon al llano.

Presto, tornando Astolfo hácia las damas
Y hácia los dos guerreros, en su diestra



Astolfo se huye llevándose la cabeza de Orrilo. (T. I, p. 256.)

La cabeza les muestra,
Y ver luego les hace
De Orrilo el busto, que por tierra yace.
Al verle vencedor corteses ambos
Los hijos de Oliveros le acogieron,
Bien que yo tengo para mí que entrambos
No sin envidia su victoria vieron.

Tampoco en ella creo
Se gozaran las damas. Su deseo,
Esta lid provocando,
Era solo ocupar á los dos héroes
Y preservarlos del destino infando
Que la suerte proterva,
Si á Francia van, en breve les reserva.

Apénas el alcaide de Damietta
La nueva recibió del fin de Orrilo,
La paloma soltó que, con un hilo
Llevando al ala su mision sujeta,
Al Cairo va; de allí, segun usanza,
Con la noticia mas allá se lanza
Otra despues, de modo
Que en breves horas todo Egipto supo
La triste suerte que al gigante cupo.

Dada á esta empresa cima,
Hácia los hijos de Oliveros viene
El duque y sus espíritus anima.
Ellos, cuyo recreo
La lid fué siempre, abrásanse en deseo
De partir hácia Oriente
A dar amparo á la cristiana gente.

De las magas, que lloran su partida,
Despidense en seguida, conviniendo
En partir con el duque hácia el paraje
Adonde, entre carne mortal hecho hombre, vino
Todo un Dios á sufrir sangriento ultraje;
Y así, juntos los tres toman la via
Que por la diestra á Palestina guia:
Ruta que, bien que es árida y cansada,

A la de mar prefieren,
Pues por llegar á la ciudad sagrada,
Adonde entrar en breve les importa,
De seis jornadas su camino acorta.

Agua tan solo y yerbas ofreciendo
Este camino incómodo y salvaje,
Fuerza fué sobre el lomo del gigante
Cargar lo necesario para el viaje.
De este modo marcharon
Grifon, el duque Astolfo y Aquilante,
Y, al cabo de unos días, desde un cerro
La tierra vieron do el Amor divino
Del primer hombre el yerro
A redimir sobre el Calvario vino.

En la ciudad los paladines entran,
Y á sus puertas se encuentran
Con un guerrero á quien los tres conocen.
Era este Sansoneto de la Meca,
Jóven sabio y audaz cuanto prudente;
Temido cuanto amado de su gente,
Del verdadero Dios Orlando mismo
La fe le dió en las ondas del bautismo.
Por el francés emperador nombrado,
Poco ha, gobernador de Palestina,
Sansoneto ocupado
Estaba en construir una cortina
Que del furor del musulman monarca
Preserve su comarca.
Con mil muestras de amor y de respeto
Y con alegre rostro Sansoneto
A los héroes acoge;
Por la ciudad los acompaña, y manda
Que en su régia mansion se los aloje.
Agradecido Astolfo, le regala
Las redes y el gigante, cuya fuerza
A la de diez acémilas iguala.
Al noble duque, en cambio,
Da Sansoneto un cinturón precioso,

Y dos espuelas de oro que la fama
Dice calzara el jóven animoso
Que de fiero dragon salvó á su dama,
Despojo que con otros de valía
Sansoneto ganó rindiendo á Zafa.
Después de confesarse, á una abadía
Que respiraba olor de buen ejemplo
Los guerreros se van. De templo en templo,
Llenos de fe, de la pasión de Cristo
Pónense á contemplar cada misterio,
Y á pensar cuanto oprobio y vituperio
Sobre la Europa pesa,
Que, mientras en tanta temeraria empresa
El fiero hierro sin descanso agita,
No piensa en acorrer el Santo Imperio,
Donde su apoyo mas se necesita.

En tanto que á estas prácticas devotas
Entregados se hallaban los guerreros,
Al uno de los hijos de Oliveros
Un mensajero que de Grecia vino
Nueva trajo fatal que, de repente
A sus ideas dando otro camino,
Lanza, en vez del divino,
Impúdicos afectos en su mente.

Amaba el buen Grifon, por su desgracia,
A una dama del nombre de Origile.
Unida á tanta gracia
Tanta beldad no es cosa que se estile;
Mas tampoco se estila tal falacia,
Perfidia tan profunda
En cuanta tierra el ancho mar circunda.
Por una aguda fiebre devorada
En la ciudad de Constantino habia
Dejóla Grifon, y al lado della
Ufano á retornar se disponia,
Cuando del griego supo que la ingrata,
A quien triste, en edad tan fresca y bella,
Pasar sola las noches parecia,

Con un nuevo galan se iba á Antioquia.

Desde que supo esta terrible nueva,
Grifon un áspid en su pecho lleva,
Atórméntale amor, y su tormento,
Que la vergüenza á devorar le obliga,
No pudiendo estallar, no se mitiga.

Mas cauto que él mil veces, Aquilante
Reprobó su pasion; mas siempre en vano
Alucinado amante,
Grifon la voz desoye de su hermano,
Y en su error mas y mas se precipita.
Por esto, solo, y sin hablar á nadie
Del designio que su ánimo medita,
A partir se dispone sin tardanza
Tras de la infiel en busca de venganza.
En otro canto digo como á efecto
Lleva el triste Grifon este proyecto.

CANTO XVI.

Topa Grifon con su querida en el camino de Damasco. — Cálmale ella y condúcele á la ciudad. — Prosigue el asalto de Paris. — Prodigiosas hazañas de Rodomonte. — Llega Reinaldo con las tropas britanas á las orillas del Sena. — Batalla. — Presentase á Carlomagno un escudero que le refiere los estragos que en Paris está haciendo Rodomonte.

Muchas y graves penas
Hace sufrir amor. En sus cadenas
Yo casi eternamente aprisionado,
Puedo, experimentado,
Mejor que nadie hablar de la ventura
Y pintár los tormentos que procura.
No es tan triste la suerte
(Lo digo y lo diré miétras que viva)
De aquel que, amando, advierte
Que honesta la beldad su afecto esquivá.
Si esta esquivez de galardón le priva